

Educar hoy*

Card. Carlo Maria Martini

“**R**ecuerden que la educación es cosa del corazón, y que sólo Dios es el dueño de ella, y que nosotros no lograremos cosa alguna, si Dios no nos instruye en su arte, y no pone en nuestras manos sus llaves”.

Estas palabras del gran educador S. Juan Bosco nos introducen en la reflexión sobre algunos compromisos que se deducen en relación a nuestra acción educativa.

Después de escuchar la palabra de la Escritura y contemplar a Dios educador en la Historia de la Salvación, la mirada se dirige hacia nuestra situación, no para hacer un análisis exhaustivo, ni para enunciar principios pedagógicos científicos, sino sólo con el fin de sacar algún motivo y línea de comportamiento, que estimule a nuestros educadores a abrirse confiadamente a la colaboración con Dios, educador de su pueblo.

Procederemos expresando algunas tesis que nos ayudarán a recoger y a relacionar las ideas:

1. Educar es difícil
2. Educar es posible.
3. Educar es tomar conciencia de la complejidad.
4. Educar es cosa del corazón.
5. Educar es hermoso.

Se trata, pues, de partir de la conciencia de la dificultad actual del compromiso educativo para afirmar que, incluso a pesar de los problemas actuales, la educación es posible. Es preciso, sin embargo, ser conscientes de la multiplicidad y complejidad de las mociones educativas que hoy acosan a los jóvenes, en dirección opuesta, para distinguir los aliados de los adversarios y captar con aguda sensibilidad y corazón disponible las verdaderas necesidades, sobre todo afectivas, en especial de los adolescentes. Quien sabe educar así,

* Artículo tomado, por gentil concesión del autor, del programa pastoral diocesano para el bienio 1987-1989 de la arquidiócesis de Milán: C.M. Martini, *Dios educa a su pueblo*, Centro Ambrosiano de Documentación y Estudios Religiosos, Milano 1987, pp. 103.

descubrirá que ser educador es hermoso, fascinante, que dilata el espíritu y nos hace asemejarnos a Dios.

1. Educar es difícil

Hoy no pocos tienen la sensación de ser educadores impotentes e inútiles.

Muchos padres y formadores se sienten humillados, contestados y reprobados. Se percatan de que los tiempos han cambiado y que, a la vez, ha cambiado la sociedad: se proponen nuevos valores y se desprecian los antiguos; la conciencia y la costumbre social han sido modificados notablemente; algunas certezas se han trocado en duda. Se enseña más fácilmente a ocupar los primeros lugares, a ganar más, a ser más espectaculares que los otros, en vez de considerar a los demás como parte esencial e integrante del propio camino.

La presión social empuja a hacer del propio hijo y de la propia hija personajes de relieve, atletas, hombres y mujeres de éxito, competentes en la sociedad del bienestar. Y se olvida ayudarles a conquistar las virtudes que los hagan verdaderamente hombres: la lealtad, la honradez, la justicia, la fe, la sobriedad, la fortaleza, la bondad.

Por ello, con relación al pasado, los educadores encuentran hoy dificultades nuevas, debidas precisamente a una sociedad en transformación.

Ha cambiando la familia patriarcal que imponía el valor autocrático del hombre y la sumisión indiscutida de la mujer y de los hijos; está cambiando también la familia nuclear, de círculo cerrado, basada sobre la comprensión, el afecto y la convivencia de padres e hijos.

Se nota, por una parte, cierto rechazo de la familia a favorecer una mayor libertad en todo sentido; y por otra, una gran necesidad de la familia, al menos como protección ante las dificultades económicas.

Ha cambiado la relación jóvenes-adultos en pro de una mayor igualdad, producida no sólo por un conocimiento mayor en los jóvenes (la gran mayoría ha estudiado más que sus padres), sino también por una variedad de experiencias vividas por ellos fuera de la familia.

Muchos jóvenes desconfían de los adultos y no los aceptan ya como maestros, convencidos de que erraron el camino de sus vidas.

Ha cambiado el valor de las instituciones tradicionales (Estado, partidos, justicia, escuela, trabajo). Por diversos motivos aparecen menos creíbles y fiables; por otro lado, hay quienes se sienten con el derecho de apropiarse de ellas y administrarlas según criterios personales e interesados.

También el valor social de la religión ha padecido cambios no indiferentes desde el punto de vista de la cantidad de personas que lo sienten; sin embargo, se descubre un despertar religioso relevante en la calidad de las adhesiones, más conscientes y profundas.

Los modelos de vida de una época han sido suplantados por otros divulgados por los "mass-media" con insistencia según intereses bien definidos. Con frecuencia he oído de los jóvenes este lamento: "No tenemos modelos fiables en los adultos".

2. Educar es posible

Ante tal multiforme transformación, el educador encontrará una ayuda al contemplar la acción educativa de Dios, que, conforme a la narración bíblica del Antiguo y Nuevo Testamento, ha experimentado cambios y agitaciones de todo tipo. Se sentirá llevado a entender que, en el arco de la vida humana que va de la concepción a la muerte, toda persona es siempre educable: capaz de crecer, de mejorar el propio potencial humano, de desarrollar las propias capacidades y disposiciones personales, de modificar relaciones y perspectivas, de descubrir y proponerse nuevos significados y valores.

A través de la lectura del Evangelio el educador notará que Jesús, Hijo de Dios, compara al hombre con el terreno, con la semilla, con una palabra, con un capital para ser administrado: es decir, realidades dinámicas, en evolución, con la posibilidad concreta y cotidiana de crecer, al treinta, al sesenta o al ciento por uno.

Jesús ha manifestado siempre confianza en el hombre. Está convencido de que, en aquellos que obran el bien, esperan y soportan, conscientes o no, actúa siempre el Espíritu de Dios, el Omnipotente, el Salvador, el Santificador del hombre. Sabe, además, que los frutos no se cosechan de la noche a la mañana, y que, no rara vez, el que siembra no cosecha (Jn. 4, 37-38).

Por estos y otros motivos, el educador nunca deberá decir, ni siquiera ante casos difíciles y humanamente imposibles: "ya no hay nada que hacer", "es incorregible". Si ama a lo divino, no lo dirá jamás de nadie, como aquellas madres y aquellos padres que no se consideran jamás vencidos ante la insensibilidad y la rebeldía, o incluso ante los escombros del propio hijo.

Conozco el caso de una madre que partió de Milán para ir a buscar al hijo, considerado muerto por la autoridad del lugar. No hay problema en el mundo en el que no se hubiera metido aquel hijo; después de varios años, aquel joven, creído ya muerto, ha vuelto a la vida. Hoy es educador. Seguro que no es el único caso, y que todos podemos contar por lo menos uno.

Un compromiso educativo, abierto y confiado, abrazará también en nuestra época algunos valores que, a pesar de las revoluciones culturales, políticas y económicas, son aceptados todavía por las personas, si se presentan con verdad, convicción y coherencia: la dignidad de la persona humana; sus profundas necesidades existenciales; la solidaridad humana que nos une con los demás.

El educador debe recordar que el hombre no debe ser educado para una sociedad ideal, sino para la sociedad real a la que está destinado a vivir y colaborar por la promoción personal y de los demás. Sería anacrónico formar a los jóvenes para un mundo idéntico al que vivieron nuestros abuelos.

Los jóvenes de hoy no rechazan a los educadores, sino que los buscan al comprender que quieren ayudarles a ser hombres verdaderos y a vivir bien en este nuestro tiempo.

3. Educar es tomar conciencia de la complejidad

Queremos analizar ahora las condiciones del lado de los educadores. La pregunta simple podría ser: ¿por quién y por qué cosas es educado el hombre de hoy? Teniendo presente que Dios es, también hoy, protagonista de la educación, y que nosotros somos sus colaboradores, nos debemos interrogar sobre el modo como el hombre de hoy es sometido a mensajes educativos o deseducativos y las consecuencias que nacen de ello.

No hay por qué tener temor a mirar dentro de esta "selva negra". Cerrar los ojos no sirve más que para fomentar todas las for-

mas paralizantes del pesimismo educativo. Vivimos en una "sociedad compleja", y esto afecta también a la situación educativa. Quien no sepa tomar conciencia, se encontrará perdido en la obra de educar.

El que se enfrente cara a cara con la situación sabrá exorcizarla. Es preciso, por tanto, ser conscientes del laberinto de mensajes en los que se mueven nuestros jóvenes, y discernir las influencias positivas de las negativas, para favorecer las primeras y neutralizar o contrastar las segundas. Es preciso comportarse como la madre que valora instintivamente los diversos factores físicos y sociales que tocan la vida cotidiana del hijo, y lo expone a los favorables, mientras que lo protege o lo enseña a protegerse de los nocivos.

Preguntémosnos, por lo tanto: ¿por quién es educado el hombre de hoy? Existe la acción del individuo: los padres, los hermanos, los abuelos, los maestros, sacerdotes, amigos..., y existe la acción de la sociedad por medio de sus expresiones e instituciones sociales: escuela, partido, grupo, parroquia, oratorios, ciudad, "mass-media", diversiones, etc.

A veces los dos tipos de influjo están en armonía; otras, en contraposición, y no rara vez se ignoran. De cualquier modo, estos influjos manifiestan lo que son, en el bien y en el mal. Por nuestro lado, el compromiso educativo será aquel que, mientras pone a prueba nuestra responsabilidad personal, nos constriñe a confrontarnos con las múltiples realidades que se manifiestan como "sujetos educadores".

Una sociedad (y toda comunidad) influye positivamente sobre los individuos cuando está animada por el sentido del bien común; cuando reconoce y valora la presencia y el trabajo de cada uno de sus miembros, según las funciones del individuo; cuando se propone continuamente objetivos comunes. Es preciso, por consiguiente, promover en todos los niveles, una comunión de ideales, de responsabilidad social, de bienes, de tradiciones, de amistad.

Una sociedad construida así no es ya masa humana, motín o almacén de partidos y sectas antagónicas, en lucha entre ellas, sino que se hace "pueblo". Incluso pueblo de Dios, si lo reconoce a Él como Padre, Salvador y Unificador; si acepta como cabeza a Jesucristo; si pone como condición fundamental la dignidad y la libertad de los hijos de Dios; si toma como ley el mandamiento nuevo del amor. Tal comunidad posee una fuerza educadora enorme.

El hombre es educado también por el individuo, por cada hombre y mujer que encuentra, con el que se pone en comunión ideal y afectiva, junto al que vive y trabaja.

Es necesario tomar conciencia de este hecho: somos educadores siempre, y en cada encuentro; somos responsables del desarrollo y del crecimiento de aquellos con quienes nos encontramos.

No podemos jamás exonerarnos del trabajo educativo. Si en todos estos encuentros llevamos el corazón de Dios y la riqueza del testimonio humano de Cristo, contribuiremos a hacer sano y fecundo (es decir, "educativo") ese encuentro vital hecho de miles de relaciones características de la condición humana.

4. Educar es cosa del corazón

También dice don Bosco: "La educación es cosa del corazón... quien sabe que es amado, ama, y quien es amado obtiene todo, especialmente de los jóvenes... los corazones se abren y dan a conocer sus necesidades y evidencian sus defectos". Y añade: "si van a ser padres de sus alumnos, es preciso que Uds. también tengan un corazón de padre. La caridad que les recomiendo es aquella que vivía S. Pablo hacia sus fieles".

La caridad, el corazón paterno y la amabilidad exigen, sobre todo, el conocimiento de las necesidades profundas de los jóvenes. Sin entenderlos es imposible instaurar un diálogo educativo.

La caridad educativa exige, en segundo lugar, que los educadores representen para los educandos verdaderas figuras paternas y maternas; es decir, que consideren a los jóvenes como algo muy importante, y les hagan sentir el gozo de ser amados.

Hablemos, por lo tanto, a) de las diversas necesidades, a fin de comprenderlos mejor, y b) de aquellas más propiamente humanas y afectivas.

a) Hoy, las necesidades del hombre, y en particular de los jóvenes y adolescentes, se expresan en mensajes a veces complejos y aparentemente contradictorios. De la comprensión del sentido de estos mensajes depende la operación educativa de los padres, de los maestros y de los educadores.

No demos por descontado que conocemos verdaderamente lo que necesitan nuestros jóvenes; entre otras cosas, porque con fre-

cuencia su petición es expresada en código cifrado. A veces su "no" quiere decir un "sí", y con los "sí" quieren decir "no". Existe el sujeto que llora aparentemente sin motivo; otro que se cierra en un silencio angustioso e inexplicable. Se da quien huye de cualquier compañía, que se encierra dentro de un cuarto o se fuga de casa. Otros se trocan afables y serviciales inesperadamente. Para descifrar sus necesidades debemos, por tanto, aprender su lenguaje.

Las necesidades son diferentes por cualidad, peso y valor. Se pasa de las carencias esenciales y positivas (aquellas auténticas, exigidas por la naturaleza humana y desarrollo de la persona), a aquellas "sucédneas", introducidas por falsas costumbres (comer dulces constantemente, ver la TV horas y horas, salir constantemente de casa...), hasta las necesidades viciosas (alcohol, droga, juego de azar...).

Me detengo sólo en las más esenciales, aquellas que podemos llamar necesidades-derechos; a partir de éstas lograremos comprender y valorar mejor las demás.

Las necesidades-derechos fundamentales, que causan siempre sufrimiento si no son atendidas, son las fisiológicas y psicológicas. Se encuentran presentes en todo tipo de cultura y en todo nivel de civilización. No varían con la edad, el sexo, la clase social, la raza, la condición económica.

b) Si reducimos posteriormente el objetivo sobre las necesidades-derechos psicológicos, fuertemente humanos, y que hacen referencia a la naturaleza de la persona, aunque reconociendo que también las fisiológicas deben ser tomadas en cuenta y profundizadas (las violencias sobre los menores y algunos casos de insospechada irresponsabilidad frente a los pequeños nos interpelan, de hecho, dolorosamente), vemos que como fundamento de todo se encuentra la necesidad de una figura paterna y materna, la necesidad de sentirse tomados en serio, la necesidad de afecto.

1) Los jóvenes tienen necesidad de figuras paternas y maternas. En toda etapa de la vida tenemos necesidad de personas que se interesen verdaderamente por nosotros, de aquellas por las que nosotros mismos nos interesamos.

Tenemos necesidad de las personas antes que de las cosas. Pero no de cualquier persona, sino de aquellas que sentimos que "viven por nosotros", que sienten fuertemente nuestra existencia y que advierten que su vida es indispensable para nosotros.

Hoy este "sentir" es raro; de hecho, vivimos en una sociedad donde los hijos son considerados un peso, un lujo, una incomodidad y un problema porque condicionan la libertad de los padres, su economía y felicidad. Es evidente que tal modo de pensar es captado dolorosamente por niños y jóvenes.

La necesidad primaria que tienen los hijos en relación a sus padres es que éstos se amen, vayan de acuerdo, permanezcan unidos, es decir, que estén contentos con su vida de padres y hayan satisfecho sus propias necesidades esenciales.

Cuando un hijo llega a perder la convicción de que sus padres, tan esenciales para él, se preocupan de su existencia, comienza a huir de la realidad cotidiana, no se siente ya satisfecho en las demás necesidades esenciales, se torna desadaptado, incluso al punto de desear la muerte.

La presencia de los padres es determinante para el crecimiento positivo de los hijos, porque estimula, infunde fortaleza para afrontar la realidad, y es compañía en el camino de la vida.

Sin el afecto de los padres (o de alguna persona que los sustituya), los hijos buscarán desesperadamente apagar esta carencia en modos falsos, para nada realistas. De aquí nacerá el ansia, la angustia, la náusea.

Incluso el hombre relegado en la celda de aislamiento de una cárcel puede ser capaz de satisfacer sus necesidades lo suficiente para sobrevivir, si sabe que hay alguien, que a la par que su padre y su madre, se interesa por él y por su situación; o cuando él mismo siente en sí la voluntad de interesarse por alguna persona y de serle de algún modo útil.

2) Nuestros jóvenes requieren sentir que valen por aquello que son, no por lo que hacen; que son un valor para sí mismos (estima propia) y para los demás (al menos para los padres).

Las acciones de los hijos han de ser objetivamente valoradas: definidas buenas o malas, justas o injustas. También ellos saben distinguir entre bien y mal, y el día en que recibieran el premio a pesar de no merecerlo su actuación, se convencerían de que no son capaces de hacer acción alguna de valor.

Los jóvenes advierten instintivamente que para afirmar su propio valor deben mantener una conducta buena, satisfactoria,

enriquecedora. Es entonces cuando aprenderán a corregirse al errar, y a reconocer su mérito, si se comportan bien.

Si en su comportamiento no se sienten valorados por sus padres y educadores, no se sentirán estimulados a corregirse de sus defectos, y comenzarán a sentirse insatisfechos interiormente; su deseo de sentirse valorados no se apagará y por ello sufrirán muchísimo.

Las normas, los valores morales, la conducta buena o mala están en relación directa con la satisfacción de la necesidad fundamental de sentir respeto por nosotros mismos, de sentirnos satisfechos.

3) Nuestros jóvenes necesitan amar y sentirse amados. En el intenso arco de la vida, esta necesidad quiere ser satisfecha en todas sus formas y posibilidades: desde el amor filial al amor materno y paterno, desde el amor entre los amigos al amor esponsal. Dentro de cada persona existe la capacidad potencial y la exigencia de amor filial, fraterno, conyugal, materno o paterno.

Esta exigencia pone continuamente en acción, hace vivir, y es necesaria desde la infancia a la vejez.

La salud y la felicidad dependen muchísimo de la capacidad y posibilidad de dar amor y recibirlo. Los hijos no pueden satisfacerse sólo con el amor que se les da; tienen también necesidad absoluta de amar. Si no logran satisfacer esta doble vertiente del amor no estarán contentos, se tornarán tristes, incluso reaccionarán con modos bruscos, con la fuga, la rebeldía, la depresión, la angustia, la violencia y el robo. Y sufrirán mucho.

Si la educación es cosa del corazón, será preciso dilatar nuestro corazón y el de nuestros jóvenes, para que se establezca un verdadero influjo educativo.

El Corazón de Cristo, atravesado sobre la cruz, es el símbolo de este amor que desde el Padre se difunde sobre nosotros y nos hace capaces de amar.

5. Educar es hermoso

Cuando se vive realmente en "comuni6n" y se goza como propio el bien y los logros de los otros, entonces el educar se hace hermoso y confortante.

La educación es un arte gozoso; no puede ser un trabajo forzado. Ni siquiera puede ser motivada en sí misma por un fin lucrativo, sino sólo por la creación, en cuanto sea posible armoniosa y feliz, de una persona humana.

La satisfacción y pago, primero y sumo, son dados al verdadero artista por la misma obra de arte que sale de sus manos. La educación, como todo arte verdadero, no tolerará recetas, fórmulas, clichés. Exige del educador originalidad e individualidad; pide que se eduque con gozo. A la vez exige un gran respeto por la individualidad y originalidad de la persona que se educa, en atmósfera de autenticidad y serenidad.

Para estimular nuestras cualidades subjetivas, propongo algunos puntos de meditación, profundización y verificación.

1) Si la acción educativa es una ayuda personal y cualificante, concedida a quien necesita promover humanamente la formación completa de su personalidad, el educador estará en disposiciones de darla en la medida en que él mismo habrá alcanzado, o busca alcanzar, la propia madurez, identidad e integración. La boca habla de lo que rebosa el corazón.

Si no se es aún hombre verdadero, para tener derecho a intervenir sobre otros, es preciso vivir en estado de permanente educación, en esfuerzo cotidiano de vivir en continuo progreso junto a los demás, hacia la realización integral de la propia humanidad. Cuando pretendemos ser educadores con la presunción de ser ya hombres que han llegado, que no necesitan más ser educados en la vida, nos volvemos hipócritas. El que no ha descubierto el sentido y valor de la propia vida no puede indicarlo a los demás. "¿Cómo podemos decir al hermano permíteme que te quite la paja del ojo, cuando no vemos la viga del nuestro? ¿Puede un ciego guiar a otro ciego? ¿O no caerán acaso los dos en el hoyo?" (Lc 7, 39-45).

2) Es indispensable crear desde el primer momento una fuerte y sana relación afectiva con quien debe aprender a entablar relaciones. Si la motivación primera y radical de la acción educativa no fuera el verdadero bien del educando, su interés, y la satisfacción de sus necesidades fundamentales, sin otro motivo, aunque fuera inconsciente, el educar constatará y coleccionará no pocos fracasos. Toda persona busca desesperadamente y sobre todo a alguien que convida su vida completamente, que se comprometa con él en su historia.

El amor que previene, semejante al de Dios (Rom 5,8), además de ser punto de partida en la educación, es fuerza explosiva que se expande y crea las energías positivas de la persona, joven o adulto, antes latentes, bloqueadas o desviadas. Tal amor es gratuito, no condicionado por las cualidades del educando y por sus comportamientos.

Es un amor siempre vivo y activo, paciente y confiado, constantemente orientado hacia el bien completo y la felicidad del otro. Inmerso en este amor que previene, materno, paterno y fraternal, difícilmente el hombre se dejará vencer por el mal, porque el amor es el mejor antídoto. No es la presencia del educador-policía el que impedirá los errores del joven.

El amor que previene encuentra siempre el momento adecuado para manifestarse, los gestos y expresiones para encarnarse. Indicamos algunos: La simpatía, o compasión, para con quien precisa ayuda, es el primer sentimiento del amor que se transforma sucesivamente en compromiso y empeño personal y fiel. La aceptación y acogida de la persona ayudada, tal como es, por lo que es y puede ser. Para hacer esto sin demasiadas reticencias psicológicas y sociales, es preciso distinguir entre la persona y sus acciones, no confundir pecador con su pecado, sobre todo, ponerse en la piel del otro, y saber captar cómo nos ve el otro. El conocimiento afectivo, profundo y realista de las personas que se quieren educar, de sus necesidades y aspiraciones, problemas y dificultades. El ofrecimiento a ellas de la propia disponibilidad y servicio debe estar cualificado por una sincera y convencida humildad, no garantizada por las palabras, costumbres o gestos convencionales, por no decir falsos, sino por la donación generosa.

3) Otra virtud esencial para quien quiere educar es la esperanza paciente. El educador debe saber que la evolución psicológica y moral de la persona es comparable a su crecimiento físico y orgánico. Jesucristo dice que el hombre es como la semilla que crece por sí misma, pero que requiere un ambiente, personas y tiempo.

Es preciso saber esperar pacientemente, con el espíritu del campesino que siembra generosamente (sobre todo con resistencia a la fatiga del trabajo educativo), y pospone siempre la decisión de cortar la planta infructuosa o de desarraigar la cizaña.

El hombre paciente es optimista: cree en la bondad de las personas y en los recursos naturales a pesar de los límites y errores, y

espera sin desilusión en la ayuda de Dios, que se preocupa antes que él de la salvación y felicidad de sus hijos.

La esperanza del educador debe, además, contagiar al educando: sin esta esperanza él se encontrará inútil o juzgará absurdo empeñarse y colaborar con el educador. El joven debe tener confianza en que la experiencia de su educador le ayudará a aprender modos mejores de comportamiento, a encontrar respuestas satisfactorias a sus interrogantes, soluciones adecuadas a sus problemas. Especialmente debe convencerse de que, aunque sea a pequeños pasos, puede llegar al horizonte del verdadero hombre, el del redimido.

El educador responsable, cariñoso, optimista, llega a ser de este modo, modelo e ideal de vida. Niños, adolescentes y jóvenes aprenderán a vivir de quien sabe vivir, por medio de la relación afectiva.

Todo esto suscita un ambiente contagioso de gozo y de entusiasmo: ¡qué hermoso es educar!

Card. CARLO MARIA MARTINI

Arzobispo de Milán. Nació en Turín en 1927. Doctor en teología por la Pontificia Universidad Gregoriana. Después de algunos años dedicados a la docencia en la facultad teológica de Chieri, obtuvo el doctorado en ciencias bíblicas en el Pontificio Instituto Bíblico (1965). Primero decano y luego rector de dicho instituto bíblico desempeñó esta labor de 1969 a 1978, año en que fue nombrado rector de la Pontificia Universidad Gregoriana. En 1979 fue nombrado por el Papa Juan Pablo II arzobispo de Milán. Entre sus numerosas obras se pueden citar: *Il problema storico della risurrezione negli studi recenti*; *Il messaggio della salvezza*, vol. I; sus comentarios exegético-espirituales a los diversos libros de la Sagrada Escritura, especialmente del Nuevo Testamento, como los catorce títulos de la colección "Espiritualidad nueva" publicada por las ediciones paulinas de Buenos Aires.